

El verano pasado, en los días de la fulgurante aparición de «El Lute» en Madrid en busca de sus dos hijos, me sucedió algo que conté entonces en otro lugar y que creo merece la pena repetir aquí. Volví yo a Madrid de un viaje por Extremadura en compañía de un amigo, cuando, cerca de Valverde de la Vera, nos detuvo la Guardia Civil. Me mandaron que abriera la maleta del coche, y en la breve conversación que sostuvimos con el número, mi amigo le preguntó: «Todo esto será por "El Lute", ¿no?». Y entonces, la autoridad, en un alarde de discreción y con un gesto absolutamente inefable en el rostro, dijo: «Algo hay de eso, algo hay de eso». Cuento esta anécdota porque el domingo pasado estuve yo en Alcalá de Guadaíra, el pueblo por el que pasó o dicen que pasó hace unos días «El Lute» con sus hermanos «El Toto» y «El Lolo». El año pasado alguien inventó el chiste de que «estábamos de riguroso lute». El viernes, el día antes de marcharme a Alcalá de Guadaíra, pude leer en el «Arriba» un artículo, firmado por un tal «Arturo», que confirmaba la vigencia de la frase para este año. Llamaba a «El Lute» «forajido», «criatura antisocial», «bandolero» cuya «lamentable efigie moral», cuya «falta de escrúpulos» y cuya «vesánica agresividad» constituyen «un peligro mortal para todos los españoles». No era este, para «Arturo», el único peligro. También había «el peligro de que algunas personas se dejen arrebatar por su parecido superficial con un héroe», y afirmaba que la libertad de «El Lute», aun siendo precaria, es a todas luces ilegítima. El mismo viernes por la tarde, «El Alcázar» publicó un pintoresco artículo firmado por el recio «labrador» don «Pedro Pérez Piedra», en el que su autor, volviendo la oración por pesiva, se lamentaba: «... Si hubiera sido nuestro... Si las clases conservadoras y las gentes como Dios manda contásemos con media docena de hombres así... Si dispusiéramos para la buena causa de unas figuras, por poquitas que éstas fueran, pero con esa popularidad, con esa gran fascinación, con ese gran *sexapili*, con un qué sé yo como el de ese hombre...»

Una persona con la que hablé en Sevilla el sábado por la noche, me dijo, a propósito de «El Lute»: «Hay que ver ese hombre. Ha hecho famoso a Alcalá». Esto no es exacto. Alcalá de Guadaíra era ya una villa famosa antes de la supuesta visita de «El Lute». Llevó en tiempos el sobrenombre de Alcalá de los Panaderos, porque allí estaban las tahonas que surtían de pan a Sevilla. De Alcalá procede la también famosa arena que llaman «albero», cuyo bellísimo color puede admirarse en la plaza de toros de la Real Maestranza y en muchos jardines sevillanos. El «ABC» de Sevilla del domingo, quizá con el ánimo de restaurar el prestigio de la vecina ciudad alcalaína, después del episodio de «El Lute», daba un artículo que titulaba «Alcalá es Nueva York», en que el autor hacía una relación de las glorias

antiguas y modernas de la villa. No voy a repetirselo al lector. Sólo diré que el articulista, en uno de los párrafos, decía que los naturales de Alcalá son «de gran inteligencia natural, seres emprendedores que saben encontrar casi siempre los resquicios favorables que pueda tener cualquier circunstancia». Contaba entonces que, cuando él fue a la mili, el sargento le dijo: «¿Será posible que habéis venido treinta y cuatro reclutas de Alcalá y ya estéis todos enchufados?».

Alcalá de Guadaíra, situada a unos catorce kilómetros de Sevilla por la carretera que va a Málaga, es hoy una bonita ciudad. Tiene

silla de pista

EL LUTE Y ALCALÁ

un soberbio castillo, con bien conservadas torres y murallas, que se alza en el cerro que domina la villa. Tiene también bonitas iglesias con algunas interesantes obras de arte, como una colección de bajorelievos de Martínez Montañés. Sus calles tienen ese aspecto limpio y geométrico de los «pueblos grandes» andaluces. Fachadas decoradas con el rojo de la almagra o el ocre de la calamocho. Tiendas de paredes recubiertas de azulejos. Pequeñas plazas ajardinadas. La ciudad, que, según me dijeron, tiene ahora unos cuarenta mil habitantes, parece haber crecido bastante en los últimos años. A la tradicional industria del deshuesado y rellenado de aceitunas une ahora las que han surgido en el moderno polígono. Se han construido barrios nuevos, especialmente en el cerro que llaman de las «Malas Mañanas», donde se suponía que se había escondido «El Lute». El nombre de este cerro,

según me contaron, procede del Santo Rey Fernando —mira por dónde el virtuoso monarca se relaciona con el fulgurante «quiqui»—. Resulta que en la campaña de la conquista de Sevilla, el Rey Fernando acertó a pasar por aquel lugar en un día lluvioso, y exclamó: «Malas mañanas tenemos», con lo que se le quedó el nombre al ahora dos veces ilustre cerro.

Despliegue de fuerzas, no vi ninguno. A la puerta de la Casa Cuartel de la Guardia Civil había solamente dos «jeeps» aparcados. Para el fin de semana había quedado ya demostrado que «El Lute» y sus hermanos, o no estuvieron nunca en Alcalá, o si estuvieron, se marcharon antes del cerco a que fue sometida la ciudad. No había por ninguna parte rastro de los famosos perros de medio millón de pesetas, ni del experto en tiro que veraneaba en Pamplona y fue llamado con urgencia. Con esto de los perros pasó una cosa, según me contó un tabernero. Y es que el perro se fue derecho a un bar, siguiendo las huellas de «El Lute», lo que hizo suponer inmediatamente que el «quiqui» había estado allí. Llegan las autoridades al bar con su perro, y la dueña les dice que, efectivamente, allí han estado unos hombres, los cuales —detalle importante— han pedido un vaso de «La Casera» y —detalle significativo— han pagado con una moneda de diez duros, y al ir a darles la vuelta, se han marchado haciendo signos de que se la quede de propina. Me decía el tabernero que me lo contaba, haciendo un gesto a lo Sherlock Holmes. «Fíjese usted, diez duros». Pero, como me decía otro señor que me encontré en un bar: «¿Usted ha visto a "El Lute"»? ¿Usted lo conoce? ¿Usted ha hablado con él? Y añadía triunfante: «¡Pues entonces!».

Bajo el sol tremendo de julio estuve dando una vuelta por la ciudad y entrando en los bares y tabernas: El Ambigü, El Pinichi, Bodegón Levante, Hospedería los Remedios... Mientras tomaba el «fino» y la tapita, sacaba la conversación sobre «El Lute». Algunos me miraban con reserva. Según ía en los periódicos, a Paco Rabal y a «Tip» se les ocurrió preguntar por «El Lute» a un turronero de Mérida, y todo el mundo creyó que Rabal era «El Lute». Pero la mayoría de las personas con las que hablé estaban deseosas de contar la experiencia de estos últimos días. Me hablaron de las cuevas o grutas que perforan el subsuelo de la ciudad y las colinas que se alzan sobre el río. «Hay una gruta que llega hasta Sevilla». «Esto está todo hueco». «Hemos estado muy entretenidos», decía uno contando diversos episodios de los días anteriores. «Menuda movilización ha organizado el tío», añadía un admirador de «El Lute». «Miles de guardias había», decía otro, con la elocuente exageración de la tierra. En uno de los bares me encontré a una familia que estaba tomando su aperitivo. Empezamos a hablar de «El Lute», y la mujer dijo una frase con la que termino mi pequeña crónica de Alcalá de Guadaíra: «Digo yo, hay que ver lo listísimo que tiene que ser ese señor».

